

Amador *1897*

BIBLIOTECA DE "EL PUEBLO"

A SUS ABOGADOS

DANIEL NEGRO

DES PIESTAS
DEL PALIO
EN SIENA

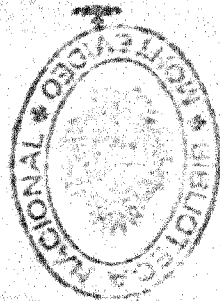


1897

REPOSICION DE LA BIBLIOTECA DE EL PUEBLO
EN SIENA

10613/10
10/15/1978

LAS FIESTAS DEL PALIO
EN SIENA



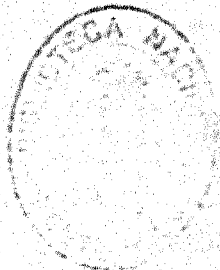
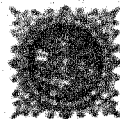
BIBLIOTECA DE «EL PUEBLO»
A SUS ABOGADOS



DANIEL MUÑOZ

LAS FIESTAS
DEL PALIO
EN SIENA

10.100



—1898—
GRABADOS Y LITHOGRAFIA DE LA MINERVA - 101 N. MONTEVIDEO
SAN JOSE

± 199.373



LAS FIESTAS DEL PALIO EN SIENA

La ciudad de Siena, la anti-
quisima Sena Vetus, de origen
etrusco, la rival fuerte y temida
de Florencia durante las largas
guerras entre guelfos y gibelinos,
la vencedora en la titánica
batalla de Montaperto, en que
corrió la sangre hasta enrojo-
cer las tumultuosas aguas del
Arbia, patria de los Tolomei, de
Santa Catalina, de pintores y
escultores ilustres, es sin duda,
entre las cien ciudades de Italia,
la que conserva mas intacta y
más pura la tradicion de la an-

tigua grandeza perpetuada en sus espléndidos palacios señoriales, en sus artísticos templos, en sus monumentos históricos, presidida toda esa magnificencia arquitectónica por la altísima Torre de Mangia, imponente en la gran pureza de sus líneas, en la severidad de su fábrica, toda de ladrillos, en cuya cima se encastran los soportes de granito en que se apoya el balcon almenado que la circunda y el campanario que la corona. Alta de mas de cien metros, la Torre del Mangia domina la famosa Piazza del Campo centro de todas las agitaciones y de las fiestas públicas sienesas, empinándose por sobre los palacios que abren sus ventanas ojivales á la gran plaza, trazada en forma de concha marina, dibujadas las estrias con radios de granito blanco que se destacan sobre el enladrillado del

suelo, reuniéndose como varillas de un gran abanico abierto frente al porton del Palacio de la Señoría, hoy Palacio Comunal, soberbio edificio gótico, con alto piso de piedra hasta el primer orden de ventanas, y el resto todo de ladrillo oscuro, festonado de almenas, solemne y majestuoso en su sobriedad arquitectónica, teniendo por alalaya la altísima torre apoyada á su derecho flanco.

Otra torre altísima tambien se eleva por encima de los edificios que cierran el costado izquierdo del Campo, la torre de la catedral, que como la mayor parte de los *campanili* de las catedrales de la Edad Media, no surge del mismo edificio, sino que está construida separadamente, como el de Venecia, como el de Pisa, como el de Florencia. Esta de Siena es toda de mármol, á fajas horizontales

blancas y negras, copiando los colores del escudo de la ciudad, simplemente dividido en dos campos, blanco el superior y el interior negro, sin otra insignia ni atributo, como simbolo de la majestad soberbia de su grandeza que desdeña toda alegoría ó emblema y prescinde del atractivo de los colores llamativos.— Blanca y negra era también la bandera de Siena, y esos dos colores campean en todos sus monumentos, principalmente en el Duomo, en esa espléndida catedral toda revestida de mármol tanto en el exterior como en el interno, alternados ambos colores á rayas horizontales, y esa sencillez de decoración dá al vasto templo un carácter imponente y sugestivo del sentimiento místico.

La fachada tricúspide es una maravilla de arte, aunque la profusión ornamental desentona un

tanto con la sobriedad decorativa del interior, pero con todo es hermosísima en su conjunto grandioso y en sus detalles, desde las dos columnas que sostienen el arco romano de la puerta central, floreadas de altos relieves, hasta las pilastras, tabernáculos, minaretes y pániculos que dan realce y esbeltez á toda aquella fábrica de mármol, obra de diversos artistas, cada uno de los cuales dejó en ella el sello de su inspiración y de su época.

Pero ese mismo hibridismo arquitectónico de la fachada hace resaltar más aun la pureza de estilo del interior de la catedral, tan magestuoso, tan severo, que impone un sentimiento de respeto aún al más espléndido, y aun cuando no fuera de precepto el descubrirse al entrar á su templo de cualquiera religión que sea, nadie osaría entrar en el Duomo de Siena sin

hacer espontáneamente aquella demostración de acatamiento y reverencia, sino en honor del Dios que allí se adora, en homenaje al menos á los hombres que concibieron y realizaron tanta grandeza inspirados sin duda en un ideal que ha muerto para las presentes generaciones.

Era la mañana del 15 de Agosto, día de la Asunción, la virgen patrona de Siena, en cuyo honor se celebran todos los años grandes festejos religiosos y populares. El altar mayor de la catedral resplandecía con centenares de cirios, cuyas luces no eran bastantes á dominar la del sol que se entraba por las grandes ventanas ojivales transparentando los cristales historiados con pasajes bíblicos é inundando todo el templo de una gran claridad que ponía de relieve todas las riquezas atesoradas en aquel

grandioso recinto, imposible de detallar, porque el solo púlpito exigiria todo su volúmen para describir sus minuciosidades artísticas, la variedad y rareza de sus mármoles y alabastros, la graciosa esbeltez de las columnas que lo sostienen, la delicada florescencia de chapiteles, la corrección de los bajo-relieves que presentan los principales pasajes de la vida del Nasareno, y otros muchos detalles que hacen de ese púlpito una joya bastante á immortalizar á su autor, Nicolás Peruzzi, que vivió en los albores del Renacimiento, haciendo resucitar en sus manos el cincel griego.

Para aquella solemnidad de la Asunción estaba la nave principal de la Catedral adornada con las banderas de los diez y siete barrios de Siena, las famosas *contrade* que desde el 1605 se disputan año tras año el Pálio

en las carreras que se corren en la Plaza del Campo, fiesta tradicional que despierta siempre entusiasmo y rivalidades. Cada contrada tiene sus colores que combinan en sus banderas y pendones con variados dibujos, y en aquel día las colocan en las columnas de la Catedral para que reciban la bendición del prelado. Enartadas en lanzas y alabardas artísticas, cuelgan las banderas sostenidas por brazos de hierro empotrados en el mármol, dando al templo vistosa decoración con todas aquellas sedas de vivos colores, y en torno de cada una de aquellas enseñas se agitaban sus partidarios, vaticinándola como vencedora del Pálio, un estandarte con que el municipio premia á la *contrada* que gana la carrera. La ceremonia tenía mas de teatral que de religiosa. La Música, falta de misticismo, rayaba

en dramática y pasional, reminiscente de diversas óperas, á veces con sonoridades de fanfarras. Un momento, en el *Salutaris*, se oyeron algunos compases de clásica inspiración sagrada, pero fué solo un revuelo para volver á caer en la melodía mundana con rebuscado acompañamiento orquestal que mas que á despertar el sentimiento parecia intencionado á provocar el aplauso. El ideal místico estaba en el ambiente del templo, en su sencilla decoración marmórea, que en el conjunto absorbe todos los detalles, imponiéndose como sello característico de su arquitectura, reunidas las esbeltas columnas en haces sobre cuyos chapiteles se apoyan las nervadas bóvedas ojivales consteladas de astros de oro. Por sobre los arquivadros asoman las cabezas esculpidas de cien pontífices mi-

trados, cada una con diversa, expresión tan animada, que tal parecen espectadores que contemplan desde aquella alta balconada la magnificencia del santuario.

Aquella ceremonia religiosa era solo el preludio de la gran fiesta en la Plaza del Campo que debía celebrarse al siguiente día con toda pompa, la carrera del Palio, que se corre sin embargo por vía de ensayo durante tres días anteriores, mañana y tarde, en presencia de toda Siena y de los miles de forasteros que de todas partes de Italia y aún del extranjero se congregan en la vetusta ciudad para estas famosas fiestas de la virgen de la Asuncion, universalmente renombradas, por ser talvez las únicas que perpetúan una tradicion de casi tres siglos sucesivos, sin que las nuevas costumbres hayan podido inno-

varla, repitiéndose año tras año las mismas ceremonias, con iguales trajes, con idénticos entusiasmos, reviviendo por una semana el siglo XVII que se impone con sus usos y sus vestimentas aun en las postrimerias del nuestro, y tan de verdad resucita el remoto pasado, que los espectadores aparecen todos como advenedizos en una época que no es la suya, desentonando por sus trajes, por sus modales, por su habla en aquel ambiente purísimo de la vieja Toscana de que es inmarcesible insignia la Torre del Mangia, cuya larguísima sombra traza durante el día como el rayo de un compás el semicírculo de la edificación que cierra el costado norte del recinto.

Diez y siete son los barrios ó contrade en que está dividida la ciudad de Siena: Contrada dell' Aquila, bandera de campo ama-

rillo con fajas y dibujos celestes y negras y en el centro una aguija bicápite; Contrada del Bruco, bandera amarilla, verde y azul, llevando por emblema una oruga que se arrastra sobre una rama; Contrada della Chioccola, bandera roja amarilla y azul, teniendo por emblema un caracol; Contrada della Civetta, bandera blanca con dibujos negros y rojos, en el centro una lechuza; Contrada del Drago, bandera verde, roja y amarilla, en que campea un dragon negro, la lengua las garras y la sagita caudal rojas; Contrada della Giraffa, bandera blanca y roja, en un ángulo una giraffa; Contrada dell' Istrice, bandera carmin, blanca, celeste y negra, llevando en el centro un puercoespín; Contrada della Lupa, reproduce en su vandera los colores de Siena, blanco y negro y el emblema de la misma ciudad,

cuando dependia de Roma; la loba que amamanta á Rómulo y Remo, emblema que aun actualmente ostentan todos los monumentos públicos de Siena: Contrada del Montone, bandera blanca, roja y amarilla, en un ángulo un carnero blanco; Contrada del Nicchio, bandera de campo azul á listas amarillas y rojas y en el centro una concha marina sujeta entre las ramas de un coral arborecente. Contrada dell' Oca, bandera verde, blanca y roja, los mismos colores de la actual bandera de Italia, circunstancia que dió á esta contrada gran popularidad en la época del resurgimiento, y que daba motivo á los patriotas para vivir y aclamar los colores nacionales aun durante la dominación austriaca; en el centro lleva la bandera por emblema un ganso. Contrada dell' Onda, saludada con gran entusiasmo por los a r-

gentinos y orientales que presenciaban el desfile, por ser los colores de su bandera el celeste y el blanco, llevando en el centro un desfile que nada sobre las ondas; Contrada della Pantera, bandera roja, blanca y celeste, con una pantera pintada en campo blanco; Contrada della Selva, bandera blanca, verde y anaranjada con un roble en el centro; Contrada della Tarcuta, bandera amarilla y celeste, campeando en ella una tortuga; Contrada della Torre, bandera carmesí, blanca y azul, en el centro un elefante que lleva sobre el lomo una torre; Contrada dell Unicornio, bandera de campo blanco á listas color oro y celestes, llevando por emblema un leocorno.

De estas diez y siete contradas sólo diez corren el palio, siete de las cuales son las que quedaron eliminadas en la carrera anterior y las tres restantes son

sacadas á la suerte. En los comienzos de la institucion de esta fiesta corrian todas las contrade, pero es tan estrecha la pista, tan bruscos sus recodos, uno de los cuales forma un ángulo agudo, que fué necesario reducir el número de los corredores, y desde hace casi dos siglos corren solo diez caballos, aunque todas las contrade toman parte en el lucido cortejo que desfila por la pista antes de la carrera, siendo esta la parte mas interesante de la fiesta, por los juegos que los portaestandartes hacen con las banderas, por el lucimiento de los trajes en que estan combinados los colores de cada barrio, por el señorio de aquella marcha acompañada al son de largas cornetas y trompas embanderadas que tocan un aire antiguo lleno de marcialidad.

Paso por alto todos los inci-

dentes precursores de la fiesta, los ensayos de mañana y tarde, los vaticinios, y las disputas de la muchedumbre que pulula en la plaza y por las calles, pero citaré un detalle que explica en gran parte el por qué no se han introducido en esta carrera los caballos de pura sangre ni siquiera los mestizos, lo que hubiera indudablemente adulterado la fiesta y prostituido su tradición convirtiéndola en una de los modernos concursos hipicos de Longchamps ó de Ascott. Y el detalle es el siguiente: ninguna contrada corre con caballo propio. Cada una presenta el suyo, y elegidos entre los diez y siete los diez mas aptos para la carrera, se tiran á la suerte, en presencia de las autoridades municipales, que conservan desde su institucion el patronato del Palio, presidiendo y dirigiendo la fiesta desde sus prime-

ros preparativos. Los caballos han de ser todos nacidos en la provincia, provenientes de padres de origen tambien sienés, que son por lo general pequeños y delgados, muy ágiles y muy vivaces. Adjudicados así los caballos á la suerte, cada contrada se lleva el que le ha tocado y lo cuida con todo esmero, velando hasta su sueño, para evitar que alguno de los partidarios de los barrios rivales trate de dañar al bruto destinado á sostener los colores de la bandera.

Es ya la tarde del 16 de Agosto, dia en que se ha de correr el Palio. Desde la una en adelante se oye el rumor de los tambores de cada contrada que convocan á sus adeptos y empiezan á formarse las comparsas, cada una de las cuales la componen un capitán, dos alféreces, cuatro escuderos, seis dajes, dos porta-

banderas, el corredor y un palafranco que lleva el caballo. La comparsa recorre las calles de su barrio deteniéndose ante las casas de los señores protectores de la contrada, bajo cuyos balcones hacen evoluciones y juegos habilisimos con las vistosas banderas de seda hasta arrojarlas por el aire á grande altura cogiéndolas al caer por el mango con gran destreza. Y una vez hechas estas demostraciones de cortesía, se pone la comparsa en marcha hácia la iglesia de su parroquia, pues cada contrada tiene la propia y entra solemnemente en ella llevando el caballo que ha de correr, al cual conduce el palafranco hastas las mismas gradas del altar mayor, donde lo espera el párroco lujosamente revestido y acompañado de acólitos. La iglesia se llena con todos los habitantes del barrio que

acompañan á su caballo en aquella ceremonia, y todos se afanan en acariciarlo, pues el noble bruto arisquea y se encabrita al encontrarse en aquel recinto y en medio de gentes tan extrañamente vestidas, y sube de punto su espanto cuando vé que se le acerca el párroco rezándole unos latines y lo aspergea con el hisopo, bendiciéndolo en nombre de la Madonna ó del Santo protector de la parroquia.

Apenas echada la bendición al al caballo, prorrumpe la multitud en aclamaciones y vitores, dándolo ya por vencedor, después de aquella sacra unción; trepándose los que han quedado detrás sobre los altares, para ver el campeón de su bandera bendecido, y en el mismo orden en que entró, vuelve á desfilar por la nave central el cortejo, seguido del caballo todo empenachado con plumas de los colores de la

contrada y cubierto con un rico maldil de seda, en cuyos ángulos campea el emblema regional. Solo quedan en la iglesia las viejas comadres del barrio rogando á la virgen de su devoción por el triunfo de la contrada, mientras la comparsa, al compás de sus tambores y haciendo flamear sus hermosas banderas, se dirige á la plaza de San Agustín, donde han de reunirse todas, para de allí entrar en procesion á la plaza del Campo en que se ha de correr la carrera.

Mientras se organiza el gran cortejo y se espera á las autoridades municipales que dirigen la fiesta, los magnates de cada contrada tratan de sobornar á los corredores de las contradas rivales y de propiciarse á los de las otras para que por todos medios dificulten la carrera del competidor más temible, y todo esto es cosa admitida; subiendo las

ofertas hasta miles de liras, rivalizando entre todos á cual ofrece más para vencer á toda costa por el honor de llevar el Palio al salón de reunion de la contrada. Todo mal juego es permitido, lo mismo el dar de latigazos por la cabeza al caballo que amaga puntear, que el darselos al mismo jinete para ofuscarlo y acobardarlo, coger la rienda del Caballo contrario, impedirle el libre movimiento de las patas calzándolo por los zobacos, y en fin valerse de toda maña y picardia para vencer, vencesere per virtude ó per inganno, ch' il vencer sempre fu laudibil cosa», como dijo el altísimo poeta.

No es una carrera, es una batalla en la que la destreza y el valor de los corredores entra por mas que las patas de los caballos. Unos se venden para no hacer correr el propio caballo,

otros se comprometen, mediante gruesa propina, á hostilizar tal ó cual jinete; y el ser estos sobornos y malas tretas de pública notoriedad hace que nadie apueste en favor de tal ó cual caballo, porque no hay que atenerse ni aun á los pactos que en público, se hacen, pues, ya á las calladas y con dias de anticipación se han hecho otros tratos que el público ignora, preparando para el momento decisivo grandes sorpresas. En este año eran dos las contrade manifestamente rivales: la dell'Oca y la de la Tartuca. Los unos cifraban su victoria en algunos miles de libras repartidas entre varios corredores de otros caballos; los otros la esperaban de las bondades de su caballo que en los ensayos habia mostrado ligerezas insuperables. Las demás contrade eran partidarias de la una ó de la otra de las ri-

vales. Solo la de la Torre se mantenía aislada, sin afiliarse ni á uno ni á otro bando, aspirando á la victoria para sí. Y todo esto se decia á voces y se discutia acaloradamente entre la gran multitud reunida en la plaza de San Agustín, donde iban formándose las comparsas para hacer el desfile que impacientemente esperaban los miles de espectadores congregados en la plaza del Campo, toda circundada para la circunstancia por una gradería adosada á los palacios, hasta la altura de los balcones y ventanas, adornadas con colgaduras de ricos tapices de variadísimos colores y dibujos.

Un disparo de mortero anunciaba que está ya pronto el cortejo ó inmediatamente empiezan los carabineros á caballo á desalojar la pista de la muchedumbre que la ocupa. La gran plaza del

Campo cercada para el caso con una palizada, empieza á llenarse de gente. Por las cuatro aberturas dejadas de propósito se precipita el torrente humano, toda Siena y diez mil forasteros mas, los *contadini* de muchas leguas á la redonda, ellos con sus vestidos de fiesta, encorbatados de rojo y de verde; ellas con polleras de alegres colores, cubierta la cabeza con sombrero de paja de anchísimas alas, tan finalmente tejidos, que al solo andar se agitan como las alas de grandes mariposas, sirviendo de marco de oro al rostro trigüño de ojos brillantes de estas *contadine* toscanas que tienen fama por su belleza campestre, el talle recio ceñido dentro del justillo de tonos chillones, el seno abundoso, negro el cabello y los ojos, todas con esa expresión de bondad característica de los campesinos de esta fertilísima zona dá

Italia, patria de los vinos de Chianti. La gran plaza se ha llenado hasta no haber una persona más, las graderías del contorno crujen bajo el peso de millares de espectadores, en las ventanas y balcones se apiñan multitud de cabezas, hasta en los tejados pendientes se trepan los curiosos que no han encontrado otro puesto, y todas las miradas convergen hácia la calle del Casato, por donde ha de hacer su entrada á la plaza el cortejo, que ya formado espera la señal para emprender la marcha.

Estalla el segundo disparo de mortero, un gran silencio se hace entre la apretada muchedumbre, y en seguida desemboca por el Casato el portaestandarte del municipio, vestido á la antigua usanza, llevando en alto el pendon blanco y negro de Siena, seguido de la sonora fanfarría, la *Música di palazzo*, que

entona una marcha tradicional con las largas trompetas de que cuelgan banderolas de colores orladas de flecos de oro, vestidos los músicos de malla roja y casaquillas verdes, cubiertos con birreles de alas almenadas. Sigue detrás el paje del capitán de justicia, llevando el escudo de guerra finamente cincelado, y enseguida, gineté en un poderoso caballo todo cubierto con guindrapas de oro desde las orejas hasta las ancas, aparece el capitán de justicia, Messer Calisto Fucci de la *Città di Castello*, todo armado con pesados y ricos arneses guerreros, cubierto con luciente yelmo de alto penacho de plumas, la visera calada, el pecho encorazado, las piernas y los brazos defendidos con finísimas mallas de acero de que sobresalen las rodilleras y guardacodos dibujadas chapas articuladas, sosteniendo con

derecha mano enguantelada el pesado lanzón con el cuento apoyado al estribo, y con la izquierda las anchas y trabajadas bridas con que sofrena al brioso corcel. Detrás siguen sus dos escuderos, portadores de las insignias y armas de repuesto del caballero, y mas atrás va un pelotón de alarbaderos, todos vestidos con trajes de los comienzos del siglo XVII, cuyos usos y vestimentas esta fiesta reproduce.

Pasado este cortejo oficial que representa la autoridad comunal, empieza el desfile de las comparsas de las contrade, precedida cada una de un atambor que bate acompasada marcha, al que siguen dos alféreces, el capitán armado con arreos de guerra, empuñando una luciente espada de rica empuñando y los pajes. Viene en seguida el porta estandarte con la insignia

de la contrada, y detrás el corredor del caballo, *el fantino*, á pié mientras el palafranco, montado en un bridón paramentado, lleva del diestro el caballic de carrera, sin otro juez que las cabezadas y el freno, adornada la testera con plumas de los colores del barrio. Los alféceres hacen flamear las vistosísimas banderas de seda multicolores, dando recortes y galleos, envolviéndose en ellas, destendiéndolas con graciosos movimientos, arrojándolas al aire á grande altura para volverlas á coger por el asta y continuar desplegándolas airoosamente, siempre al compás de los atambores. Una tras otra desfilaron así las comparsas de las diez contrade que han de tomar parte en la carrera, con sus alféceres abanderados, sus capitanes ataviados con ricas armaduras, sus pajes, sus portacastandartes, sus corre-

dores y sus palafranceros que llevan de tiro los corceles que han de disputar el Palio, y poco á poco va aquel curioso cortejo llenando la pista, saludada cada contrada á su paso por sus partidarios diseminados en la plaza, en las gradas, en las ventananas, en los balcones, que ya no pueden contener mas gente.

Tras de esas diez primeras comparsas viene la guardia comunal, precedida de un tambor y un capitán también ricamente armado, que comanda un peloton de arcabuceros, balleteros, alabarderos, arqueros con trajes y armas auténticas de la pasada época, y en seguida un gran carro triunfal sobre el cual van de pié dos farantes y un doncel que sostiene el palio, premio de la carrera, que consiste en un pendon de seda que lleva al tope una rodela argentada, y pintada en el campo blanco la

imagen de la Virgen de la Asunción. Las banderas de las diez y siete *contrade* rodean el palio, y este vistoso trofeo da al carro un gran lucimiento. Lo siguen las comparsas de los siete barrios que no toman parte en la carrera, dispuestas en el mismo orden y número de personal que las primeras, con la sola diferencia de que éstas no llevan el caballo, sirviendo de escolta á las que van á disputarse el premio. Sigue detrás otro gran carro magníficamente decorado, en el cual, sobre un alto sólio, vá sentada una hermosa doncella alegóricamente vestida simbolizando el *Regimen Comunis* custodiada por guardias armadas con alabardas de artísticos recortes y calados, y escoltado por otro peloton de arcabuceros y ballesteros que cierran el desfile. Y cuando estas últimas hileras de gentes de armas entran

á la plaza, ya la vanguardia ha llegado frente al Palacio Comunal, en cuyos balcones presencian el espectáculo las autoridades municipales y demás dignatarios de la ciudad, de manera que el cortejo ocupa toda la plaza, ofreciendo un conjunto maravilloso con los trajes de tan variado colorido, con las lucientes armaduras de los caballeros, con los ricos paramentos de los palafrenes, con aquel ventilear de las vistosísimas banderas que suben y bajan por los aires mezclando sus vivos colores con los carros triunfales decorados con refinado gusto, y todo resulta tan de verdad y apropiado que en vez de parecer el espectáculo una rememoración de otras épocas y de otras costumbres, se diría que son ellas del momento y apócrifos é intrasos y anacrónicos los espectadores, pues son aquellos

trajes, aquellas armas, aquellas alegorias, aquellas músicas las que condicen y entonan con aquel ambiente de la plaza del Campo circundada con aquellos severos palacios ojivales de altas ventanas triloradas que recortan la corona de sus almenas en el límpido azul del cielo y presidida por la monumental torre del Mangia tan austera en su sencilla fábrica de ladrillos como graciosa en la esbeltez de sus líneas purísimas. Y era tan poderosa la sugestión del ambiente, tan real la evocación de otros hombres y de otras edades, que por un momento se me hizo la ilusión de que desaparecían de los balcones del palacio comunal el alcalde, el prefecto y demás autoridades contemporáneas y se presentaban en ellos el magnífico y terrible Casino del de Medici lujosamente armado y rodeado de su séquito de

señores y menaderos que en otros tiempos poblaban aquel *Palazzo della Signoria* tan solemne y tan clásico en su arquitectura medioeval.

A todo esto, á medida que las comparsas van llegando frente á la puerta del palacio, se desvían de la pista para ir á ocupar una gradería expresamente dispuesta para ellas bajo los balcones del municipio, y allí toman puesto todas por su orden, agrupando en la grada superior las banderas, mientras los corredores entran con sus caballos al gran patio del palacio, y tras ellos los carros, quedando la pista completamente despejada para la carrera. Por un momento recobra la concurrencia su personería, libre de la obsesión de aquel cortejo que la eclipsa y anonada, y el vocerío de las disputas y de los pronósticos se alza de la gran plaza que

hormigüea de gente apiñada en una masa compacta, en la cual se destacan entre los trajes oscuros de los hombres, los grandes sombreros de paja de trigo de las *contadine* cuyas anchas alas mariposean agitadas por la suave brisa de la tarde que no es bastante á mitigar el gran calor reinante entre aquella muchedumbre á pesar de haber ya el sol traspuesto las altas almenas de los palacios dejando en la sombra el gran anfiteatro.

Suena por fin el tercer disparo de mortero y á esa señal, los encargados de la pista la cierran en la raya de partida, que es también la de ganar, con una cuerda grosísima estirada por medio de una cabria de tal manera dispuesta que en el momento desando la suelta violentamente dejando libre la cancha.

Cuatro ó cinco metros detrás estiran otro calabrote, dejando

á un extremo un estrecho pasadizo, y así, á medida que los caballos se presentan, van quedando entre aquellas dos barreras que no les permiten adelantar ni retroceder, por más que se encabriten y abalancen. Uno á uno van llegando los caballos y ocupando el puesto que la suerte les ha designado. Los corredores llevan espuelas y en la mano un grueso nervio de toro, único látigo que se les permite, previo exámen de que no tienen ingerida alguna varilla de hierro. Los ginetes corren siempre con su propio peso, por lo cual son siempre elegidos entre los más delgados, sin descuidar por eso la robustez, porque como ya he dicho, entran por más en la carrera los brazos y las piernas de los corredores que las patas de los caballos.

Ya están los diez corceles entre las dos cuerdas, ya se aba-

lanzan para tomar la delantera, los jueces dan la señal y ántes de que caiga la cuerda que los detiene, ya los corredores se dan despiadadamente de vergazos. Arrancan por fin en una confusión indescriptible, punteando el caballo de la contrada del Nicchio perseguido por el dell' Oca que es uno de los vencedores pronosticados, pero al cual los demás hacen una guerra sin cuartel. El corredor delantero del Nicchio castiga furiosamente al caballo de la Oca por la cabeza para no dejarle adelantar, mientras que el de la Tartuca que lo sigue, lo agarra de la cola, al mismo tiempo que otro que lo lleva, apareado pega furiosamente al corredor por la cabeza y por las espaldas. El pobre hombre tiene que defenderse él y á su caballo del triple ataque que por adelante, por detras y por el costado le llevan

sus adversarios, pero con todo da la primera vuelta de la pista sin perder terreno, doblando con toda felicidad el peligrosísimo recodo llamado de San Martino que forma un ángulo agudo y presenta un fuerte declive, siendo tan inminente el riesgo de caer que en aquella parte no se permite á ningún espectador estacionarse ni colocar graderías, estando el costado exterior cerrado con un tablazon acolchada para amortiguar el porrazo del jinete y del caballo, lo que sin embargo no evita que ambos queden descalabrados y maltrechos si tienen la desgracia de rodar, como generalmente sucede, habiéndose dado caso de que hayan terminado la carrera solo cuatro caballos de los diez que la corren, pues aquel mal paso tienen que salvarlo tres veces, siendo la carrera de tres vuel-

tas, que suma aproximadamente un tiro de mil metros.

A la segunda vuelta pierde el Nicchio su puesto delantero al bajar el recodo de San Martin y puntea por un momento la Torre, en medio de grandes aclamaciones de sus partidarios, mientras que los demás siguen acosando sin descanso á la Oca, principalmente el corredor de la Tartuca que montado en un buen caballo lo lleva al freno, acobardando á vergazos á su rival, que no tiene ya manos para atajarse aquella lluvia de azotes. Los de la contrada della Torre creen ya seguro su triunfo y alientan al *santino* y á su caballo con gritos entusiastas: «Vai torrina mia, vai! Dagli! dagli! sopra! Morte all'Oca! Fuggi torrina mia! La Madonna ti benedica!»

Los caballos han dado ya la segunda vuelta sin que ninguno

de ellos haya caído é inician la tercera, la decisiva, peleando los corredores con mayor ardor, concentrada la lucha entre la Oca y la Tartuca, pues la Torre ha quedado ya rezagada. Al doblar el violento ángulo de San Martino, cae el caballo de la contrada del Drago, y queda muerto en el golpe, pues fatalmente ha ido á estrellarse contra la columna de hierro de un farol, mientras al corredor lo levantan apresuradamente los comisarios de la pista expresamente apostados en aquel peligroso recodo. Felizmente el pobre hombre no ha sufrido mas que un desmayo pasajero. Los caballos que han salvado el mal paso afirman la carrera al pisar en el repecho, corriendo á rienda suelta, y allí atropella el corredor de la Tartuca apartándose del tropel para evitar los zurriagazos y toma resueltamente

la delantera que ya en vano tratan de disputarle los demás, pues por mas que apuran solo alcanzan á castigar al caballo vencedor por los ancas, azuzándolo mas, y así pasa la raya del triunfo en medio de aclamaciones entordecedoras, contagiados aún los indiferentes por el entusiasmo de los partidarios de la contrada que invaden la pista para festejar al caballo vencedor y abrazar y besar al corredor afortunado que alcanza honores de héroe, victoriado por la muchedumbre, agasajado por sus amigos, adorado por las mujeres, paseado en brazos por toda la pista hasta llevarlo bajo el palco de los jueces que le adjudican el Palio y al presentarse con aquella insignia de la victoria alcanzada, suben de punto las aclamaciones, estalla con mayor frenesí el entusiasmo, los alfileres de la contrada ha-

cen flamear las variopintas banderas con graciosas evoluciones, vuelan por los aires sombreros y pañuelos, entona la fanfarrina una briosa diana triunfal y de todos aquellos festejos, y expansiones participa también el caballo, que todo azorado se deja palmear y abrazar por los fanáticos de la contrada, mientras las mujeres le tiran besos y le dirigen palabras de cariño y amor, y de todas partes los fiadores y aplauden en medio del atronar de los cohetes y bombas, del ruido de las músicas, del repique de las grandes campanas de la torre del Mangia, del clamoreo de toda aquella muchedumbre delirante que va poco á poco esparramándose por las calles vecinas, dirigiéndose en gran parte hacia el harrio del caballo vencedor, cuyas casas están ya todas embanderadas y empiezan á colgar en las venta-

nas y balcones vistosos farolillo para la iluminacion de la noche. Pero la gran aglomeracion es en las adyacencias de la iglesia y la parroquia, hacia donde se dirige la comparsa vencedora acompañada de las amigas aliadas, llevando el caballo y su corredor para que reciba la bendicion de triunfo. Nuevamente entran todos á la iglesia, dejando al centro de la nave mayor un espacio libre, dejan pasar al caballo llevado del diestro por su jinete hasta acercarlo a las gradas del altar, donde vuelve á bendecirlo el cura en medio de cantos de gratitud á la Madonna ó al santo protector de la contrada, á cuya intercesion atribuyen el triunfo.

El jolgorio continúa por toda la noche, rociado con copiosas libaciones de Chainti cuyas consecuencias se manifiestan en disputas y riñas con los partidarios

de las contrades rivales, y esta rivalidad ha sido á veces tan intensa que toda relacion quedaba rota entre los vecinos de los barrios hostiles, riñendo donde por acaso se encontraban, impidiendo noviazgos y matrimonios entre los mozos y doncellas de una y otra contrada, reproduciendo en pequeño las luchas y antagonismos de los antiguos Capuletti y Montechi, todo por la ambición del Palio, en cuya conquista cifra su honor y su orgullo el barrio entero, sin distincion de clases.

Y todavía los dias y noches siguientes sigue la jarana y el alboroto, hasta la del primer domingo subsiguiente en que se festeja solemnemente el triunfo, reuniéndose los vecinos de la contrada vencedora en un gran banquete al aire libre, dispuestas las largas mesas en la calle principal, profusamente iluminada,

colgando de los balcones y ventanas ricos cortinados y tapicerías y en aquella gran fiesta popular toman su puesto de honor los señores protectores de la contrada, y la preside la Virgen entronizada en un adornado retablo resplandeciente de cirios. Ya están todos dispuestos en torno de la extensísima mesa decorada con jarrones de flores y hermosos candelabros de plata que suministran los señores, humean en grandes fuentes las sabrosas minestrás y codimentadas pastas, rimeros de frascos empajado de Chianti se alzan de trecho en trecho, pero nadie pone mano á los cubiertos, á la espera del héroe de la fiesta, del caballo vencedor, que llega por último traído por su palafrenero, y toma puesto en una de las cabeceras de la mesa donde le sirven una copiosa ración de avena y cebada contornada con mazos de he-

no y alfalfa. Y cuando el noble bruto, vencido el asombro de encontrarse entre tanta gente clamorosa, entre tantas luces que lo deslumbran, cubierto con los ricos paramentos que lo adornan, olfatea la apetitosa ración y le hinca el diente, entonces toda la asamblea prorrumpe en frenéticas aclamaciones y ataca intrépidamente los manjares confundidos en aquellas ruidosas expansiones, hombres y mujeres, orgullosos de verse acompañados por los señores de la contrada en cuyo honor beben repetidamente y complacidos de tener á la cabecera de la mesa al caballo vencedor, que ya familiarizado con el bullicioso ambiente come concienzudamente su ración á manteles sin darse por entendido de los brindis que sus admiradores le dirijen, rociándolo generosamente con el residuo de las copas.

A los postres llegan las autoridades comunales á saludar á la contrada vencedora y son saludadas con entusiastas manifestaciones de agradecimiento á la cortesía. Aceptan una copa de vino que chocan con las de los señores y primaces del barrio y la beben cambiándose mútuos augurios felices, repican á todo esto las campanas de la parroquia, suenan las músicas, estallan petardos y cohetes que vuelan dejando un surco de luz en el ambiente de la noche serena, hienden los aires vistosos globos que lucen los colores de la contrada, y retiradas las autoridades y los señores y levantadas las mesas, empieza en la calle el baile que se prolonga hasta altas horas, siempre bajo el patronato de la Virgen, en cuyo honor cantan himnos y loores, cubriéndola de

flores y engalanándola con cintas y coronas.

Y así terminaron estas originalísimas fiestas del Palio, las mas características de toda Italia, las únicas que conservan el prestigio de una tradicion nunca interrumpida por tres siglos, y durante las cuales revive con toda su suntuosidad la remota época cuya grandeza atestiguan los soberbios monumentos de Siena, el Duomo marmóreo, los magníficos palacios medioevales, la Piazza del Campo, perpetuo teatro de las contiendas de las diez y siete contrade, y la imponente Torre del Mangia que alza la corona de sus almenas por sobre toda la ciudad, dominando la campiña que la circunda y en la que se cosechan los nobilísimos productos de esta privilegiada region de la Toscana, emporio de las artes, centro de magnificencia y poderio, cu-

na de los grandes señores que ilustraron con sus hazañas su historia y enriquecieron con imperecederos monumentos sus ciudades.

Roma, Agosto de 1898.

Daniel Muñoz.



EL PUEBLO

Es el periódico de mas circulación en la ciudad y campaña.

Notas comerciales

á \$	1.50	EL	MILLAR
á "	2.00	EL	MILLAR
á "	2.50	EL	MILLAR
á "	3.00	EL	MILLAR
á "	3.50	EL	MILLAR
á "	4.00	EL	MILLAR
á "	4.50	EL	MILLAR
á "	5.00	EL	MILLAR

Esmeradamente impresos se hacen en los grandes talleres de «La Minerva» 18 de Julio 42— San José de Mayo.

Tarjetas de visita

A 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, reales.

¡NOVELAS!

Hay un variadísimo surtido en la librería y papelería «La Minerva».